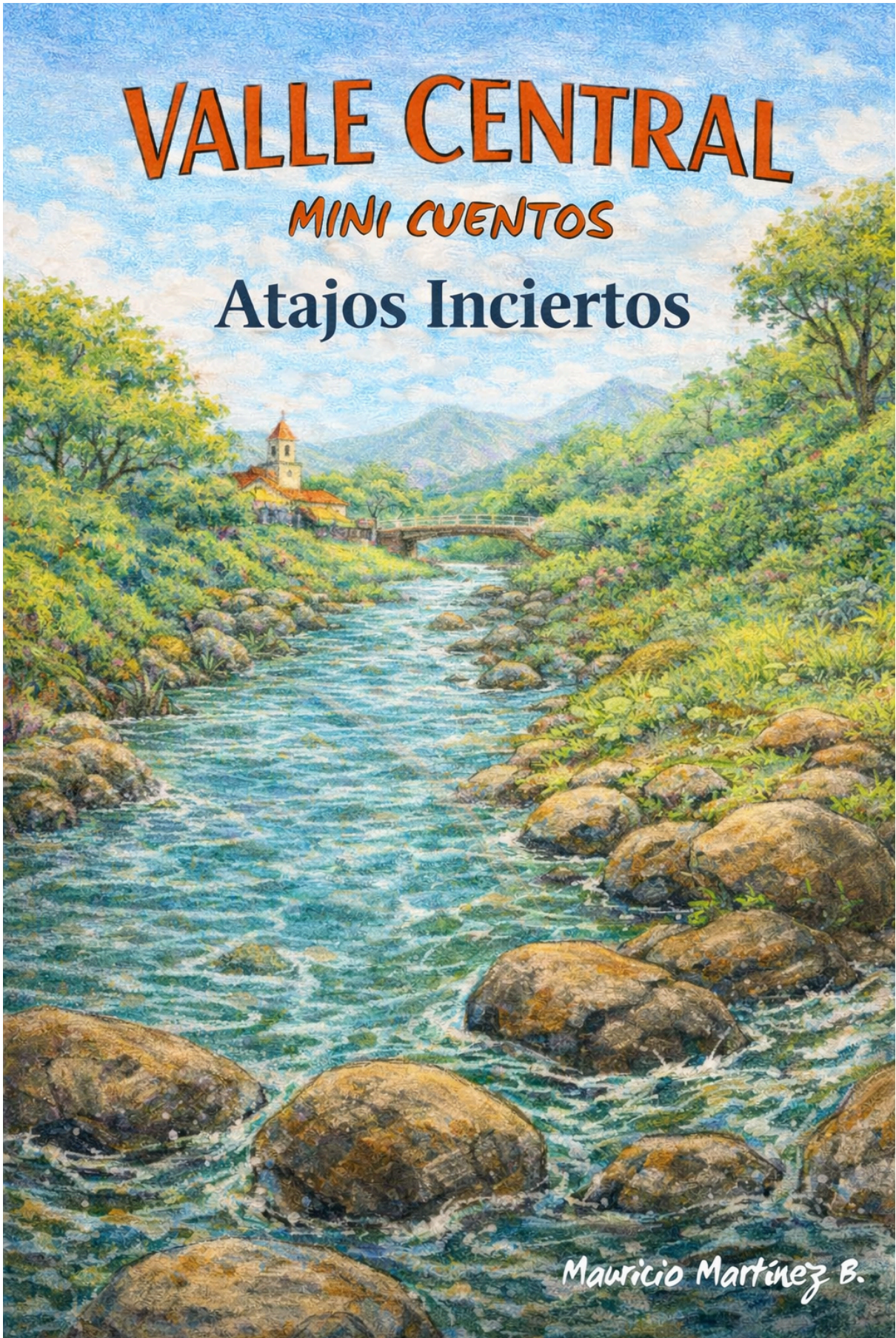


VALLE CENTRAL

MINI CUENTOS

Atajos Inciertos



Mauricio Martínez B.

ATAJOS INCIERTOS

Mateo la Comadreja había trabajado toda la mañana. Desde antes de que el sol asomara, recorrió la quebrada, revisó los arbustos, cortó con cuidado las hojas de ruda, la manzanilla del cerro. Las hierbas estaban frescas, perfumadas, listas para vender en el mercado.

Cargó dos bolsas grandes sobre su espalda. Pesaban. Pero Mateo estaba contento.

Llegó al río y suspiró. Del otro lado quedaba el pueblo. Pero para cruzar había que subir la lomita hasta el puente de madera, el único paso seguro. La lomita era empinada, y con las bolsas, Mateo sabía que iba a sufrir.

—Bueno —dijo, apretando los dientes—. Paso a paso.

Empezó a subir. Las bolsas le tiraban hacia atrás. Sus patas se hundían en la tierra suelta. Iba despacio, muy despacio.

Entonces escuchó risas.

—¡Mira ese tonto!— dijo una voz.

—¡Oh, amigo qué tonto! — respondió otra.

Mateo giró. Rulo y Chato, los Mellizos Armadillos, estaban echados al lado del río, mirándolo con sus caras de burla.

—¿Qué pasa, amigo? —preguntó Chato, tapándose la boca.

—Tengo que cruzar el río —respondió Mateo, sin soltar las bolsas—. Voy por el puente.

—¿El puente? Pero no seas tonto, muchacho. Puedes cruzar por las rocas del río. — respondió Chato.

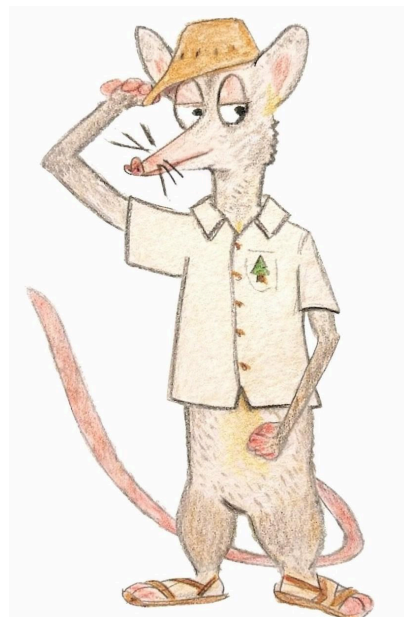
Los Mellizos se miraron. Rulo señaló el río con su patita.— el río está para ese lado.

Mateo miró las rocas. Estaban ahí, sí. Algunas planas, otras puntiagudas. El agua pasaba rápido entre ellas.

—Pero llevo dos bolsas —dijo, con duda en la voz.

—Por eso mismo, pues —dijo Rulo, cruzando los brazos—. ¿Vas a subir la lomita con todo eso? ¡Qué manera de sufrir!

—Las rocas son el camino fácil —dijo Chato, acercándose—. Nosotros siempre cruzamos por ahí. Nunca pasa nada.



Mateo dudó. Las bolsas le pesaban. La lomita se veía larga, empinada, con el sol pegando duro.

—¿Pero están seguros? —preguntó.

Rulo puso cara de inocencia, Chato de decepción.

—¿Qué te puede pasar?

—Anímate, amigo —dijo Rulo, dándole una palmada en el lomo—. ¿O no sabes saltar? .

Chato levantando los brazos — Dejalo amigo, el éxito no es para todos.

Mateo bajó la mirada a las bolsas. Pensó en la lomita. Pensó en el sol. Pensó en lo rápido que sería saltar piedra por piedra.

—Bueno —dijo al fin—. Voy por las rocas.

Los Mellizos sonrieron.

—¡Eso es, amigo!

El primer salto fue bien. El segundo la roca se movió. Mateo avanzaba con cuidado, las bolsas equilibradas sobre la espalda, las patas buscando apoyo en las piedras resbaladizas.

—¡Vas bien! —gritó Chato desde la orilla.

—¡Un poquito más! —agregó Rulo.

Mateo sonrió.

Entonces escuchó un grito— Nooooo!

La piedra se movió.

Crack.

La roca se inclinó, el agua le mojó las patas, Mateo perdió el equilibrio. Se fue de costado, primero una pata en el agua, luego la otra, luego todo él.

PLAF!!

Mateo cayó de panza en el río.

Las bolsas volaron.



Mateo intentó agarrar lo que podía, pero todo se escapaba entre sus dedos. El agua se llevaba el trabajo de toda la mañana.

Desde la orilla, los Armadillos saltaron asustados.

Chato corrió en búsqueda de un palito para salvar las bolsas, Rulo se metió medio cuerpo al agua y gritaba — ¡agárrate de mí Mateo!

Chato solo pudo rescatar una bolsa y Rulo salió del río abrazado de Mateo.

— ¡Amigo! No nos asustes así. — resoplo Rulo.

Mateo se quedó en silencio, mirando el río. Bajó las orejas. Había trabajado toda la mañana... y ahora, una de sus bolsas ya no estaba.

—Lo siento, amigo —dijo Chato, esta vez sin risa.

Rulo asintió, con la mirada seria.

—Fue mala idea... nuestra idea.

Mateo suspiró, todavía mojado, todavía con el corazón apretado.

Los Mellizos no dijeron más. Se movieron rápido. Chato corrió de vuelta a la quebrada, y Rulo ayudó a Mateo a exprimir lo poco que quedaba seco. Entre idas y venidas, buscaron nuevas hojas, cortaron con cuidado lo que pudieron encontrar y, sin que Mateo lo pidiera, llenaron otra bolsa.

No era igual. Pero era algo.

Mateo los miró, sorprendido. —Gracias... —dijo, más suave.

—Para eso están los amigos —respondió Rulo.

Luego los tres fueron juntos al pueblo, pero esta vez cruzaron el puente de madera. Las risas los acompañaron hasta el mercado.

En el pueblo Mateo convirtió el desastre en una aventura graciosa.

Ese día no ganaron tanto como esperaban. Pero ganaron algo más importante.

Los tres aprendieron que el camino fácil no siempre es el mejor...
y que si te equivocas, puedes corregirlo.

Fin

